



TOMO V.—NÚM. 30.

REVISTA LITERARIA.

AÑO IV.—NÚM. 235.

ANUNCIOS: á precios convencionales
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administración, Lepanto 48.
ORENSE.—SÁBADO 15 DE DICIEMBRE DE 1877.

SUSCRICION: 5 pesetas trimestre
en toda España.

SUMARIO.—Romántico, por Alfredo Vicenti —Los chí-
quillos, por Luis Taboada —El Otoño, (poesía), Emilia
Calé Torres de Quintero, —Proceso literario, por An-
tonio Rodríguez Vaamonde — Miscelánea. — Crónica
local. — Comunicado — Anuncios.

ROMANTICO.

Así se llamó durante su brevísimo tránsito por el mundo literario, uno de los poetas más legítimos que en su decrepitud haya abortado esta tierra oustrá; uno de mis más caros amigos, que al abrir por su propia mano en el rincón de un claustro la hoya en que había de enterrarse vivo, á ningún amante corazón, á ningún devoto entusiasta legó, antes de desaparecer su memoria.

Nacido al promediar el siglo en una villa de la provincia de Orense, tomó el hábito en un colegio de misioneros el día 5 de octubre de 1874, y allí quedó perdido para siempre; si bien vivo y orando, más muerto en realidad que

ninguno de esos caláveres incógnitos que, desde tiempo inmemorial, duermen con profundo sueño á la vera de un camino.

Las grandes religiones del alma han ido degenerando en apáticos y supersticiosos instintos, que, si despiertan por un minuto, vuelven á dormir en su grosera embriaguez largos años: ya no se lleva al cinto una caballeresca espada que, al saltar á vueltas de cualquiera trágica aventura quede convertida en cruz entre las manos de su dueño. Es verdad. Pero como se adivina harto bien, que antes de espirar el siglo no habrá soledad posible en nuestro mundo, la sombra de Buncé, espulsada de las ruinas de la Trapa, halla siempre hospitalidad durante alguna triste noche en todas las imaginaciones enfermas.

¡Fetómeno extraño...! Poeta de corazón, gran poeta como era mi amigo, jamás había entregado al vulgo, á ese vulgo tan abominado y tan querido, la llave de sus inspiraciones.

Solamente para los más antiguos é íntimos camaradas, alzaba aquella musa arisca sus velos.

Tres meses antes de abandonar el mundo,

entregóme un manuscrito, dándome licencia para publicar dél lo que me agradara, pero sin descubrir el incógnito y poniendo al pié por toda firma el pseudónimo *Romántico*.

Este pseudónimo era por si solo una revelacion de su carácter, ó mejor aun, de su dolencia. Al usarlo afectaba hablarse el primero de sus intimos dolores é implorar perdon por haber quemado incienso en el altar de la poesia.

A otro amigo legó su pequeña biblioteca y un grueso cuaderno en el cual estaba contenida la mayor parte de su obra poetica durante seis años, pero la vispera de la toma de hábito recojió este cuaderno, que él llamaba con melancólica sonrisa «mi testamento» y desgarró una por una todas sus hojas.

Ellas eran sus hijos mas caros y temiendo sin duda que el instinto de paternidad fuese á perturbarle al élaústro, no quiso dejarlos vivos y desamparados en el mundo.

Derecho tengo á pensar que con ellas perdió un tesoro la arruinada literatura gallega. Asi me lo hace creer el pequeño pero elocuente residuo que devuelvo al pais natal, despues de largas vacilaciones.

Leyendo conmovido una y otra vez este manuscrito, he llegado á entender que en él se encierra, velada por discretas brumas, la última historia de mi antiguo compañero. He seguido la dolorosa evolucion de un pensamiento herido y quebrantado, la fuga de un corazon muerto ya para la esperanza; y este simpático viaje me ha conducido poco á poco hasta el cancel del monasterio.

Nunca revelaré los dramáticos y verdaderos episodios que de la vida del hombre conozco; no hablaré de su desesperada lucha con la conciencia que, para cumplir un imperioso deber, le ordenaba quedarse en el siglo; pero bien puedo ocuparme de su tragedia puramente literaria para que sirva de provechosa enseñanza á muchos, y arrancar en obsequio á la tierra pátria, de la oscuridad en que tuvo prematuro ocaso, á un astro desconocido, que andando el tiempo hubiera brillado con vivisimos resplandores.

Aunque llegue mi voz á traspasar los muros de su sagrada prision como el eco de una tormenta lejana, yo sé que ha de encontrarle despierto. Por eso no me ha retraido el temor de interrumpir su reposo.

Los recuerdos no abandonan nunca su presa; ni en la celda, ni acaso, en la tumba,

Esta es la primera poesia del manuscrito:

«Adios, el verde camino
Del valle de Santa Comba...!
¡De aquella ida primavera
Cuant s tardes, si han memoria,
Contarán como me vieron
Hollar en tu húmeda alfombra
Con rápido y duro paso
Las inocentes corolas
Que ocultan entre los céspedes
Las violetas olorosas...!

Corria, porque la niña
Del mirar como la aurora,
Me esperaba sonriendo,
Senta á una fresca sombra,
Donde en pláticas y juegos
Pasaba la tarde toda.
¡Adios el verde camino
Del valle de Santa Comba...!

«Adios, huerto cabe el rio;
Y árboles que le dan sombra;
Y entre mirtos escondida
La fuente murmuradora,
Cuyas lágrimas de plata
Besaron su linda boca
Mil veces, en que quisiera
Yo ser agua y no persona;
Y los pájaros que anidan
En las ramas temblosas,
Dobladas por mi otro tiempo
Hasta juntar suelo y hojas,
Cuando ella alzaba sus manos
Pidiendo como quien llora
Ver de los pájaros nuevos
Las cabeçitas medrosas.
¡Adios, huerto cabe el rio,
Fuente, pájaros y frondas!»

«Adios, dulce rinconcito,
La casa de Santa Comba,
Como la flor de los lagos
Perfumada, blanca y sola,
Y escondida en la arboleda
Como el nido de las tórtolas!
Al huerto dá una ventana.
Allí, una noche, en las sombras,
Desde el fondo de los cielos
La luna, amiga curiosa;
Oyó nuestro juramento
De amarnos la vida toda.
Ah! desde entonces la luna
Su mirada melancólica
Posa en aquella ventana
Tan cerrada y silenciosa.
¡Adios, la casita blanca;
El nido de la paloma...!»

Los inteligentes hallarán en estos versos de corta pero, elegante y clásico, la mano avezala á domar la forma, que se complace tocando en el arcaísmo sin traspasar los límites del esquisito

gusto; los hombres de corazon descubrirán en el fondo un frio suave pero triste, un dolor tierno y sóbrio, como son los dolores verdaderos, una reminiscencia vaga que es á la par un presentimiento de incurable vacio, aunque parezca una transaccion con la esperanza.

¿Porqué en medio de su pesadumbre,—la pesadumbre es egoísta,—se acordó el soñador de las violetas inocentes pisoteadas, al atravesar el camino de Santa Comba, en busca de la mujer querida? Ah! tal vez esta mujer fué hollada como una de aquellas humildes flores. La castidad misma que traspira el romance significa quizá cuanto ha sido ardiente la pasion en él descrita. Los «pájaros nuevos,» cuyas «cabecitas medrosas» deseaba ella ver, la voz como de «niño que llora» con que imploraba á su amante, representan por ventura bajo una forma simbólica el sagrado instinto, que hace latir por primera vez el corazon y las entrañas de la curiosa niña.

En tales crespones gustan de envolverse las musas cultas, enfermizas y delicadas.

Han debido trascurrir muchos dias de aspiraciones solitarias y muchos devaneos entre esta primera poesia y la segunda.

• Y llegó y besó mi frente
El arcángel de los sueños,
Un dulcísimo sopor
Circuló por mi cerebro
Y quedó solo mi espíritu
En vela sobre mi cuerpo.

Movió sus lábios el ángel,
Perfumando el aposento,
Y percibí que decía

—¿Tienes, alma, algun deseo?—
Mi espíritu contempló
A su fatigado cuerpo
Y vió un cáliz de dolores
Sin un germen de consuelo.

El arcángel leyó al punto
Mi escondido pensamiento
Y sonriendo exclamó,
Mientras volaba hácia el cielo:
La flor hallarás mañana
Si la buscas en el templo.»

• Ah! con que dulce alegría,
Sirviendo al afán de presa,
Esperé la luz del día,
Llena de fé el alma mía
Para la santa promesa!

Y al melancólico son
Que de ir al templo es señal,
¿Qué misterios de pasion
Brotaron del corazon
En delicioso raudal!

Ví en el templo una mujer
Y pensé si era la flor,
Y la llama del querer
Sintiendo en mi pecho arder
Alcé la voz al Señor:

—Padre, tu que siempre oíste
La oracion de los pequeños,
Dí si la del mirar triste
Es la que ayer me ofreciste
Por el ángel de los sueños—

El viento apartó en la ojiva
El crespon que la velaba,
Y una raza fugitiva
Bajó á inundar de luz viva
A la que yo contemplaba.

Mi alma entonces osciló
Como una llama que espira,
Y mi corazon vibró
Cual las cuerdas de una lira
Que el aura al pasar movió.

Y alzando al cielo el sentido
Pude exclamar nada mas,
Con acento conmovido:
¿Señor si una vez te olvidó
Quitame lo que me das—

• Bien pronto llegué á olvidar
El recuerdo de estas horas,
Que lo escrito sobre arena
El soplo mas leve borra;
Y no sé que ángel del mal
Batió sns alas de sombra
De mi espíritu pequeño
Sobre las dulces memorias.

Me arrebató un torbellino
De pasiones tentadoras,
Y cuando al fin me detuve
La faz de vergüenza roja,
Mi túnica de inocencia
Contemplé enlodada toda;
Y ya los ángeles buenos,
Temiendo manchar su gloria,
No bajan á mí como antes
Entre el ocaso y la aurora.

Como caen de los árboles
En el otoño las hojas
Que son solitarias lágrimas
Que ellos, espirando, lloran,
Y queda un mudo esqueleto
De aquella copa de fronda,
Así de paz, fé y amor
El ánima se deshoja,
Su muerte con los árboles
Silenciosamente llora
Y escuetas quedan en ella
La vejez y la memoria.»

La forma es tal vez menos correcta dado el cambio de metro, y la idea menos original, en esta poesia que en la anterior; pero su aroma,

por decirlo así, es mas acensador y penetrante.

Bien se vé que la pasión nueva, con su idealismo, con su frescura, no ha podido borrar la huella carbonizada, real, cruda, de la pasión antigua.

No. La leve brisa, de la tarde no basta á refrescar la arena del desierto, quemada por el sol de todo el día.

El desdichado mancebo, ofuscado por las sugestiones y huidas de su imaginación encontró una vez demasiado blando el «nido de la tórtola» y estrecho el valle en que hubiera debido ser feliz. Era uno de esos hombres, en los cuales la tenacidad ciega é invencible suplente á la voluntad real de que carecen, traspuso las montañas de su horizonte, sin saber siquiera cual fuese la estrella de los marinos, lanzóse alegremente al golfo, y presa del desorden, errando sin rumbo hecho á todos vientos, arribó por último á la inhospitalaria playa del materialismo.

Obedeciendo como siempre á instintivas reacciones, deseó entonces un amor virginal que lo regenerase, pero en vano, propicio á su ruego, acudió á visitarle el ángel de la pureza. El poeta evocó en su memoria las ardorosas imágenes del pasado, y encontrando pálido, insustancial y monótono el presente huyó otra vez con la frente sonrojada en busca de lo desconocido.

A través de las vaguedades de esta bella meditación, se adivina alguna cosa fatal é inminente. La falta de fé conduce á la idolatría, y el exceso de dolor á la abstracción, al éxtasis mas ó menos mundano todavía, pero ya marcadamente religioso.

Por entre la galana dicción, sobre el armonioso y melancólico cuadro, asoman ya la frente calva y los ojos ciegos del misticismo.

Pronto, el que tal ha escrito y sentido, creará oír la voz de las alturas, clamando y diciendo: «Saulo, Saulo ¿porqué me persigues?»

ALFREDO VICENTI,

(Concluída).

LOS CHIQUILLOS.

Lector, ¿tiene Ud hijos? Pues me alegro mucho.

Yo, en buena hora lo diga, soy soltero para lo que Ud guste mandar.

Con esta previa declaración de mi estado

civil creo haber indicado, desde luego, que no soy padre y que estoy, por lo tanto, en el caso de poder ocuparme con estricta imparcialidad de un asunto, que tiene mas intrínsecos del que algunos se figuran.

Voy á hablar de los chiquillos, y cuenta que á pesar de mi venturoso celibato, soy extremadamente aficionado á estos inocentes seres, que han hecho en mas de una ocasión mis delicias, mientras no tuvieron por conveniente aturdirme con su llanto ó proporcionarme algun otro disgusto de mayor cuantía.

Los chiquillos, objeto de mi artículo, van á ser aquellos que la sociedad señala con el adjetivo de *consentidos* y que ya me he permitido llamar siempre *mol educados*; lo cual, véase como se quiera, viene á ser lo mismo en esta tierra de garbanzos.

¿Cuántas veces, oh lector benévolo, habrás sido víctima de las impertinencias de los hijos de tu amigo ó de tu pariente ó de cualquier ciudadano que no era ni lo uno ni lo otro?

Te estoy viendo en visita, muy estirado, con el lazo de la corbata que parece sujeto con puntas de París; los pantalones sin una arruga, los guantes reventando de puro apretados; el pelo pegado á la frente á fuerza de bandolina y los puños de la camisa asomando por las hoca-mangas, blancos como la nieve.

¿Qué perfectamente te hallas! ¿verdad?

Estás viendo tu cuerpo reflejarse en el espejo de la sala y llegas á enamorarte de tí mismo. En aquel momento recuerdas que la levita que hermosea tu talle te ha costado treinta duros, pero los das por bien gastados, y hasta llegas, en el entusiasmo de tu propia contemplación, á desear que te toque á tu sastré la lotería.

Estás lo que se dice, flamante; la señora de la casa dirige miradas á la cadena de tu reloj y si tuviera confianza contigo, se atrevería á preguntarte donde la habías adquirido.

Tú conoces el buen efecto que tu *toilette* ha causado en aquella casa, y ni por un millon te atreves á mover un pié, temiendo descomponer la perspectiva de tu airoso porte.

De pronto ¡oh, espantosa calamidad! entran en la sala dos chiquillos, hijos de la señora de la casa, y lo primero que hacen es mirarte de arriba abajo y meterse el dedo en la boca, que es lo que indica en los chicos que meditan alguna barbaridad.

Después, alentados por la mamá que les manda que te besen, como si á tí te importara algo, vienen á presentarte los carrillos, que suelen estar siempre teñidos con algo, que no es *pacholi*; y perdida por su parte la desconfianza que á primera vista les habías inspirado, empezarán por arrebatarte el baston de las manos.

—A ver, *fulanito*, devuelve á este caballero el baston—dirá la mamá, como para probarte que sabe educar á los chicos.

—Déjele usted, señora—dices tu, echándote las de lino.

El que te llevó el baston, abandona la sala haciendo una muñeca y corre por el pasillo armando bulla, sacudiendo linternazos y poniendo en inminente peligro el puño, que puede ser de marfil ó de cristal de roca.

El otro chico, te se ha subido á las rodillas y está jugando con el alfiler de la corbata.

La mamá finge que se consume y hace señas al chico para que te deje en paz.

Suele suceder que despues de muchos tiros y muchos esfuerzos, por parte del angelito, tu alfiler se hace pedazos; y entonces la mamá se pondrá muy colorada, reñirá al chico, tratará de probarte que tiene un verdadero sentimiento y dirá que sus hijos son unos diablillos que la frien la sangre.

Tú sonreirás, asegurando que la cosa no vale la pena de incomodarse y si ella llega á vías de hecho y si quiere castigar al chico, tu serás el primero en pedir clemencia y le retendrás en tus brazos y hasta llegarás á besarlo; pero si fueras á hacer tu génio, de seguro que le romperías de muy buena gana una ó dos costillas.

En fin, tu lisonjia tiene que revelar todo lo contrario de lo que sientes y como has colocado en tus rodillas al chico, para librario de los azotes maternales, él, que ha olvidado ya la fechoria, volverá á sobarte y entonces dirigirá sus tiros á la cadena del reloj.

La mamá que ha olvidado tambien lo ocurrido seguirá dándote convergacion: tu contestas con monosilabos y no pierdes de vista los dedos del angelito, que amenazan la existencia de tu cadena.

Ya te se agota la paciencia y en vez de dar un puntapié al chiquillo, lo cual habria obviado todos los peligros, te levantas con ánimo de marcharte y sigues sonriendo siempre y acariciando al arrapiezo.

Saludas á la señora, con toda la cortesía de que eres capaz; pero ya en el pasillo, echas de menos el baston.

La señora llama á *fulanito* para que devuelva la prenda; pero *fulanito* tarda en aparecer y llega por último con dos bastones en lugar de uno.

Es que lo ha roto para hacer unos palillos de un tambor.

—¡Ay, que chico! lo voy á matar!—grita la mamá.

—Señora, por Dios, si no vale nada. No le ríñas usted—exclamas tú, intercediendo por el condenado —Ven acá, hermoso, ven á darme

un beso. Y besas al chico en vez de tirarle un bocado, y no cesas de poner la cara alegre, hasta que te vés en la calle.

Cuando lo has conseguido ya, te desatas en maldiciones y vas lamentando tu suerte y maldiciendo á todos los chiquillos habidos y por haber.

¿No es verdad, lector bien educado, que sinó en los mismos términos que lo he descrito, te ha pasado algo parecido á esto alguna vez?

¿Pues y los chicos que tienen por costumbre pedir dos cuartos al primero que ven en su casa?

¿Y los que se dedican á poner de relieve cualquier defecto físico de las personas que se encuentran á boca de jarro!

—Uy, mamá,—dicen á lo mejor—mira que bulto trae este señor en la espalda.

Y el aludido que es un jorobado, tiene que reirse de la inocencia del chiquillo, y hacerle una caricia por añadidura.

Padres, los que teneis hijos: fijaos en lo mucho que incomodan esos inocentes seres, que hacen vuestras delicias, y no deis lugar á que se les deseen las viruelas ó la escarlatina; como le ha sucedido al autor de estas líneas, que víctima siendo de las impertinencias de los chiquillos, ha llegado á desear que volviesen los tiempos del rey Herodes con todas sus consecuencias.

LUIS TABOADA.

EL GORRO.

I.

Densas y plomizas nubes
Van cruzando el horizonte,
Sobre la cima del monte
Ya no brilla ardiente sol;
Y anunciando el nuevo día,
En vez de celajes bellos
Se ven débiles destellos
De un indeciso arrebol.

El árbol antes vestido
Con su frondoso ramaje,
Vá sacudiendo el follaje
De amarillento color;
Los verjeles no renacen
Por benéico rocío,
Y al soplo de eierzo impio
Cierra su broche la flor.

Doliente la golondrina
El nido de su amor deja
Y hacia otros climas se aleja

Cruzando veloz el mar,
Pues bajo el cielo bendito
Que lanza un sol que no muere,
En nuevos pensiles quiere
Su tierno canto elevar.

¡Ah! ¿porqué el alma se inunda
De amarga melancolía
Con la dulce poesía
De la estación otoñal?
Es que invadiendo la mente
Para ahogar fugaces glorias,
Vienen pasadas memorias
Con su dominio fatal.

II.

De nuevo tornará un día
En que un sol puro, esplendente,
Lanzará su luz ardiente
Entre franjas de oro y tul;
Y en los rosados albores
De poéticos celajes,
Ornarán leves encajes
De la aurora el limpio azul.

Sobre un suelo de esmeralda
Brotarán flores á miles,
Impregnarán los pensiles
De aroma el aura sutil,
Y rica de nuevas galas
Se ostentará la natura,
En la risueña espesura
De la arboleda gentil.

En el albergue apacible
De los sombríos pinares,
Entonarà sus cantares
El gilguero trinador;
Y salvando en raudó vuelo
La azul estension marina,
Volverá la golondrina
Hacia el uido de su amor.

III.

¡Ah! la dulce primavera
Que en la aurora de la vida,
Marca la senda florida
Que conduce á bello eden;
Aquella edad sonriente,
Que en perspectivas hermosas
Nos brinda un lecho de rosas
Dondé apoyar nuestra sien:

Aquel bello torbellino
Que dá engarzados en flores,
Gratos delirios y amores,
Sueños de eterno placer;

Esos años que atesoran
Cuanto bien acá es posible,
Pasan por ley infalible,
Y huyen para no volver.

Y llega el hombre á su otoño
Sin que esos días renazcan
Ni nuevas quimeras nazcan
En su yerto corazón;
Que al través de sus recuerdos
Lanza una triste mirada
Sobre la urna adorada
De su postrera ilusión...

Por eso al morir las flores
Se acrecienta mi amargura,
Al contemplar la natura
Sin las galas que ostentó;
Que según ya mustio el árbol
Va arrojando hoja tras hoja,
Así el alma se despoja
De los ensueños que amó.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo, Noviembre 1.º 1877.

PROCESO LITERARIO.

Siglo del progreso llaman al presente siglo, y a fé mia que separando algunos inventos maravillosos que en él se realizaron, no acierto á comprender la razón que tienen para darle tal calificativo, cuando presenciamos casos y cosas que prueban todo lo contrario. El campo de la literatura que tan ópimos frutos ha producido en la presente centuria, se halla cultivado por peregrinos ingenios y alcanza un período floreciente y próspero; mas no por eso deja de verse invadido por una especie de *pulgones literarios* que hacen en él mas estragos que la *fi*-loxera en los viñedos. Es conocida esta plaga entre los hombres de letras con el nombre de *plagiarios*; y como todo lo malo es fecundo, y como no se procuran eficaces medios para la extincion de estos maléficó insectos, crecen, se desarrollan y progresan rápidamente merced á la indiferencia con que se observan sus progresos.

La plaga al principio se manifestaba bajo la forma de larva, contentándose con roer la raíz de las plantas mas galanas chupándoles la savia; pero mas tarde sin duda por la impunidad de que gozaban, pensaron á su modo, que era dícito libar el nectar de todas las flores del pensil, y determinaron para dar mas desarrollo á su peregrina industria, exornar con agenas

galas su desnudez y fealdad; plan que ajustándose á las leyes que nos rigen han llevado al terreno de la práctica con asombrosa rapidez que para algo vivimos en el siglo de la electricidad y el vapor.

Contentábanse antaño los plagiarios con sustraer artificiosamente uno que otro pensamiento de diversos autores, haciendo por este medio de sus composiciones un conjunto híbrido y churigueresco, imposible de definir: ramillete de flores galanas entretegido con pésimo gusto artístico por mano alevé y dirigido por la mas torpe ignorancia. Estos en su pecado llevaban la penitencia, y en su obra se manifestaba evidentemente la vergonzosa usurpacion que habian cometido. En la actualidad aun cuando parezca inconcebible progresaron de tal modo los plagiarios que, ya no un concepto, sino una composicion entera se apropian con la impasibilidad y desenvoltura con que puede usar cualquier mortal de aquellas cosas que le pertenecen y le son propias.

Ayer se plagiaba un pensamiento, y los mas sobresalientes en osadía y cinismo, los mas prácticos en eso de *hurtos literarios* habiáanse arriesgado no sin sostener antes una terrible lucha en su interior á transcribir íntegra una determinada estrofa de una composicion poética. Hoy se apropian una composicion desde el primero al último verso, tomada literalmente y sin alteracion de ningun género.

Yo que soy inocente por naturaleza y que peco un poco de crédito, siempre que se trate de suponer honradez y buena fé en mis semejantes, resistíame á creer que hubiese hombres capaces de cometer tales desafueros: no podía persuadirme de que hubiese quien tuviera valor de poner su nombre al pie de creaciones que no le pertenecian. Pero bien pronto la experiencia y las propias observaciones, con una verdad que no me deja lugar á dudas, arraigaron en mi ánimo estas dolorosas creencias.

Un caso original por sus circunstancias especiales, y una cosa real por sus inequívocas pruebas modificaron mi opinion.

Llegó á mis manos un número del HERALDO GALLEGO providencial ó casualmente. Fijáronse mis ojos en unas bellisimas décimas impresas en su pág. 164 columna 2.^a tomo I: llevar por epígrafe *A mi queri la hermana Dolores en la muerte de su primer hijo Eduardo*, y las firmaba un tal R. C. Aquellas décimas las sabia yo de memoria hacia bastante tiempo; mi corazón guardaba aun las impresiones que le habia causado su lectura; mi alma conocia la fluidez, sonoridad y armonía de su ritmo, en una palabra, aquellos versos eran para mí lo que es para los ojos la reproduccion fotográfica de un ser conocido. Era una creacion esencialmente igual, diferia tan solo

el nombre del creador. Sin darme un momento de sosiego, inquirí, investigué, consagré muchas horas á sacar diferentes copias de aquellos versos, y escribir á una porcion de amigos para que me orientasen de su procedencia. Molesté al Director del HERALDO GALLEGO, rogándole me manifestase el nombre del inspirado poeta que se ocultaba con modestia bajo las iniciales R. C., y no obtuve contestacion alguna. Arriesguéme á certificar una carta, y despues de ocho dias de angustia para mí, empeñado en encontrar un rayo de luz entre las tinieblas que me envolvian supe que aquellas décimas las habia remitido á la Redaccion D. R. C. licenciado en Derecho civil y canónico y residente en la villa de Celanova. Este nombre me era enteramente desconocido. Tomé sin embargo nota de él con la esperanza de que habia de llegar un dia en que pudiese despejarse la incógnita, resignéme á esperar y á esperar indefinidamente con la conformidad y paciencia del que se sacrifica por llevar á cabo una justa reparacion. Hace ocho dias que vi realizadas mis esperanzas: una hoja de papel llegada á mis manos vino á disipar mis dudas á iluminar los abismos de mi si uacion: la página 369 de la *Violeta*, es la inequívoca, la severa prueba que acusa un delito de plágio cometido de una manera inconcebible.

Las décimas que firma D. R. C. en el citado número de EL HERALDO GALLEGO, han sido villanamente usurpadas á Leonardo Angel Herrero, su autor, su verdadero padre, su legítimo dueño. Al HERALDO GALLEGO, que fué donde se perpetró el crimen de usurpacion literaria, acudo en demanda de reparacion, y acuso ante el tribunal inexorable de la opinion pública al Sr. D. R. C. de plagiario servil, prometiendo robustecer con irrecusables pruebas mis afirmaciones. Si EL HERALDO GALLEGO, lo cual no puedo creer, se niega á prestarme su apoyo para tan laudable fin, acudiré á la prensa de Madrid, que ella no podrá negármelo.

Al hacer esta declaracion, reto al Sr. R. C. á que califique de falsas mis afirmaciones y que me pruebe lo contrario de lo que afirmo y sostengo.

A un desgraciado padre de familia, que se le sorprende robando pan para alimentar á sus hambrientos hijos, tal vez se le castiga severamente y se le priva de su libertad. Ya que en el Código penal no hay un artículo que condene los hurtos literarios, mas graves por cuanto son robos del don divino de la inteligencia, eigan al menos sobre los culpables el anatema de la prensa y las personas ilustradas, la deshonra ante la opinion pública.

ANTONIO RODRIGUEZ VAAMONDR.

Málaga Noviembre 2 de 1877.

MISCELÁNEA.

Hemos recibido la visita de un nuevo colega que ve semanalmente la luz en Leon, titulado *El Iris*, al cual deseamos siga por muchos años apareciendo en el horizonte leonés, sin nubes y sin nublados.

Hemos recibido un folleto en que se describen minuciosamente las condiciones del manantial, conocido con el nombre de *La Gándara* en Mondariz, cuyas aguas son las mas alcalinas de España.

El ejemplo de la Sra. Viuda é Hijos de Peinador, actuales propietarios de estas aguas, que no perdonan medio de aumentar la justa reputacion de que gozan universalmente, introduciendo cada dia en su establecimiento notables mejoras, es altamente laudable en un pais como el nuestro, donde yacen abandonadas tantas riquezas naturales de todo género, por falta de la actividad creadora de una direccion inteligente.

En el teatro de Santiago, representóse con satisfactorio éxito el drama en un acto y en verso *Triste ejemplo* del Sr. D. Remigio Caula.

Quisiéramos ver impresa esta obra, para poder juzgar acerca de su mérito, que aprecian de muy diversa manera *El Diario de Santiago* y *La Concordia* de Vigo.

Suongo que el autor habrá suprimido en su obra aquellos versos de las *balas* y las *bolos*, de que nos habló un corresponsal famoso.

El cual, sea dicho entre nosotros y en párrafo aparte, para mayor claridad, no ha tenido por conveniente resolver las dudas que le exponiamos en alguna de nuestras misceláneas.

Triste ejemplo de cortesía periodística, que desgraciadamente ha tenido imitadores.

Porque ya sabrán Vds. que el Sr. D. Manuel Comellas, despues de bajar á la arena armado de punta en blanco para defender cierto artículo suyo, se ha retirado a su tienda sin seguir la lucha por él provocada.

Cosa que sentimos profundamente, por que nos quedamos sin saber en que pararon aquellos *dativos*.

Al *Anunciador* de Pontevedra, que segun parece no ha recibido el número de *EL HERALDO GALLEGO*, correspondidute al dia 5 del corriente, remitidos con esta fecha un ejemplar certificado, para los efectos oportunos.

«*Grabisimo el estado de Francia*», dice en letras gordas como puños, á la cabeza de su número, un colega regional.

¡Dios salve á la Francia! ¡Dios salve á la ortografía!

Ha sido reproducido por *El Faro de Vigo* un artículo de Jesus Cencillo

El pobre muchacho, por esta vez, en el pecado se llevó la penitencia.

CRONICA LOCAL.

Con motivo del régio entace se proyectan en esta capital grandes festejos para el 23 del del próximo Enero.

Segun parece habrá iluminacion general, fuegos artificiales, serenatas, y se daran dos magnificos bailes por la Diptucion provincial en los salones que ocupan las oficinas de la Administracion Económica, á cuyo efecto se decorarán con todo el lujo y esplendor que sea posible. En el local del despacho del Sr. Administrador se instalará el tocador para las damas en el de la Intervencion estará destinado para el *buffet*.

COMUNICADO.

Sr. Director de *EL HERALDO GALLEGO*.

Muy Señor mio: comprenderá V. la profunda pena que siento al tener que ocupar la atencion pública, estando aun, por decirlo asi, caliente el cadáver de mi hermano.

En las esquelas de invitacion para su entierro, han tenido por conveniente suprimir mi nombre su herederos faltando asi á la educacion, á la dignidad de familia y á cuanto hay de sagrado en el mundo.

Como este hecho no tiene ejemplo, me apresuro á manifestar que yo por mas que se me haya querido privar de ese derecho, tambien invito á mis amigos para los funerales de mi difunto hermano, rogando á Dios por su eterno descanso y perdonando en gracia á su recuerdo á los que tan miserablemente quisieron ofenderme.

Anticipándole las gracias por la insercion de las anteriores lineas se repite de V. afectisimo S. S. y amigo Q. B. S. M.

FELISINDO OTERO.

Orense, Diciembre 15 de 1877.